

Llanto de un pájaro  
por el poeta muerto

(Elegía a Miguel Hernández)

Los puros cuerpos, tierra,  
se devuelven a su origen.  
Es hijo que se refleja  
a su materno vientre.

Tras nada sagrada, ondas  
de largos momentos, gráciles,  
oscuros, labirintos,  
raíces, buques, puentes...

Es luz que ilumina en tu ser  
la verdad de tu destino:  
esa estrecha transitoriedad  
que ha nacido de tu cañal.

No hay cosas que te cubran,  
pues, viva, inscrite queda  
en todos los paisajes  
de río y de montaña.

Por dentro va del mundo:  
por dentro de las rocas,  
del mar y de las vitas.  
¡ más alta va que el cielo!

Y luz son sus dos ojos,  
vidua que no se extingue,  
ni nadie ha de segarla  
pálidamente un día.

¡ Su nombre invade en tí,  
astros despiertos, ruidos,  
flor de amor, el llanto  
y rayos que no cesan!

¡ El este, el sur, la grama,  
el viento y manzanilla,  
la tierra y el jazmín  
y los besos más fieles!

¡ Remonta, oh tierra madre,  
tus dones, como espuma!  
¡ guarda tú, despierta,  
¡ su sueño posticuo!

¡Cuya una vez, por siempre!  
¡Cuya final, ragazzi!  
¡Covada, t' de hierba!  
¡Inmensidad, no feretio!

Aquí yo estoy llorando ...  
Vendré la Primavera  
cuando los hombres se acuerden  
y el odio ya no exista.  
Yo cantaré de nuevo  
para el viento que durmiera,  
sobre ti o en el aire,  
una manina bellísima.

Concha Zardoya

(Copia manuscrita para Luis Rodríguez)